



El sueño de un niño venezolano

Hola, me llamo Eduardo y tengo 10 años, estudio cuarto grado de educación básica, vivo con mis papás en la capital de Venezuela, Caracas, y ayer tuve un sueño. Bonito al principio, terrible en su final.

Eduardo R. Hernández González.

Pediatra y especialista en Conducta Infantil. Caracas (Venezuela)

Me encontré de repente en un viaje de vacaciones por Venezuela, recorriendo los Llanos, la cordillera de los Andes, la selva del Amazonas, los Médanos de Coro, las hermosas playas del Estado Falcón y de la Isla de Margarita.

En cada lugar disfrutaba de sus paisajes, flora y fauna, de su gastronomía, de su gente. Recorría los Llanos a lomos de un caballo y veía las diferentes haciendas, casi todas verdes.

En mi viaje, observaba los animales de la zona como vacas, chiguires, caimanes y aves de todas las especies, en especial el turpial (nuestro pájaro nacional) que es negro y amarillo.

Los niños del lugar, vestidos con alpargatas, pantalón corto, franela blanca y sombrero de paja, me miraban mientras jugaban a «perinola», «trompo» y «cometa». Hacía mucho calor, sol y abundaban los mosquitos.

Luego me vi en el Amazonas, donde los indígenas duermen en casas hechas de paja con piso de tierra llamadas «churuatas». Andan descalzos, con apenas un taparrabos, sonrían todo el tiempo y disfrutaban del agua del río Amazonas. Sus padres viven de la caza, la pesca y la siembra de frutos, verduras y hortalizas. Es todo tan natural y hay tanta libertad que el tiempo se hace eterno.

Pero el sueño no acababa. En los Médanos de Coro sentía la arena en mis pies mientras caminaba por sus dunas. Visitaba la zona colonial y aprendía con los niños de allí algo de historia. También degustaba platos típicos de la zona, como la arepa pelada, el dulce de leche y el queso de cabra. Son delicias para el paladar.

Al llegar a los Andes, el clima cambiaba y hacía tanto frío que los niños andinos tienen las mejillas coloradas, son hospitalarios y con un acento especial. Hay muchas flores, de todos los colores del arco iris y las fresas, moras y duraznos son jugosos y dulces. Subía en teleférico al Pico Bolívar, una de las montañas más altas del mundo, y casi tocaba el cielo.

Sigo en mi viaje y llego a la Isla de Margarita, donde los olores son a mar y a pescado. Nado y disfruto de los deportes acuáticos, los niños de esta zona hablan tan rápido que apenas entiendo lo que me di-



© Sean Sprague



© Francisco Burga



© istockphoto



© Gustavo Acosta

cen. Pasan la mayor parte del tiempo en el mar y su piel está curtida por el sol.

De regreso a Caracas, donde casi siempre es primavera, respiro un aire cosmopolita. Hay edificios, urbanizaciones, centros comerciales, tiendas, estacionamientos, grandes avenidas iluminadas con luces de neón por donde circulan muchos vehículos.

Veo niños de todos los colores (blancos, morenos, negros, pelirrojos, rubios) de la mano de sus papás y compartiendo con ellos una comida o un paseo por parques y plazas. Muchos otros niños practican deportes como el béisbol (nuestro deporte nacional), que casi todos lo jugamos, algunos a favor de los Leones del Caracas, otros de los Navegantes del Magallanes, que es mi equipo.

Hay escuelas, universidades, parques, plazas, estadios deportivos, museos (en mi sueño visito el Museo de los Niños, temático e interactivo donde aprendo divirtiéndome), teatros, cines, salones de baile, hoteles, hospitales. ¡Ah! Para los que nunca habéis estado aquí, la primera vez que me monté en el Metro de Caracas me sentí como si entrara en una nave espacial.

Escucho entre sonidos de cornetas el bullicio de la gente y la risa de los niños, la música folklórica o típicamente venezolana (con instrumentos como el arpa llanera, el cuatro y las maracas), también ritmos latinos como la salsa y el merengue, que nosotros bailamos muy bien, así como el reagueton (que está de moda) y ritmos extranjeros como la balada y el pop. A mí me gusta el jazz, lo escucho desde siempre, me ayuda a estudiar y a concentrarme aunque mi mamá dice lo contrario.

Pero mi sueño cambió y aparecieron imágenes que había visto en la televisión u oído a mis papás.

Veía a muchos ciudadanos que han tenido que emigrar a otros países, llevándose consigo a sus hijos y apartándolos de sus hogares, amigos o escuelas.

Hay cada vez más niños, niñas o adolescentes abandonados, denominados «niños de la calle», que se dedican a mendigar unos y a delinquir otros, y muchos de ellos sufren explotación sexual.

Bastantes niños viven en condiciones de pobreza extrema, no todos están escolarizados, ni reciben asistencia sanitaria.

En la población infantil y adolescente existe un alto consumo de alcohol, drogas y muchos han perdido la vida por la violencia de las calles venezolanas. Además, el maltrato infantil en todas sus expresiones es el pan nuestro de cada día.

Tenemos gran cantidad de madres adolescentes, de madres pobres con muchos niños, de madres solteras, de familias desestructuradas, condiciones todas que influyen negativamente en el desarrollo y crecimiento de un niño.

Despierto ya, mientras desayunaba, pensaba que muchas veces he oído a los mayores decir que «los niños son el futuro de una nación». Pero yo pienso que el futuro es hoy y hoy es el momento para que la sociedad nos preste la atención que merecemos, que vengan a vernos, que nos escuchen y que nos ayuden a construir la Venezuela que todos queremos. ■